

al uno é al otro en poca de hora los paró tales, que las armas eran fechas pedazos, é las carnes poco menos. Así que, ya no pudiendo sufrir los sus muy duros golpes, andábanle fuyendo de acá é de allá, trepiendo con él gran miedo de la muerte. En esta cuita é desventura que ois se sufrió Abiseos é su hijo Darasion fasta hora de tertia; é como vió que su muerte tenia llegada, tomó la espada con ambas las manos, é dejóse ir con gran ira á Amadís, é firióle tan duramente por cima del yelmo de tal golpe, que no parecia de hombre tan mal llagado; que le llagó é derribóle el canto del yelmo, é decendió la espada al hombro siniestro, é cortóle una pieza del arnés con una pieza de la carne. Amadís se sintió deste golpe gravemente, é no tardó mucho de le dar el pago, é dióle tan mortal golpe de toda su fuerza en el malaventurado brazo con que á su hermano el Rey é á su señora natural él matara, que cortando junto al hombro, todo gelo derribó en tierra. Cuando Amadís así lo vió dijo: «Abiseos, ¿veis ende el que con traicion te puso en gran placer é alteza, é agora te porná en la muerte é fondura del infierno?» Abiseos cayó con cuita de la muerte, é Amadís miró por el otro, é vió cómo Agrájes lo tenia en tierra é le habia cortado la cabeza. Entonces fueron todos los de la tierra muy alegres á besar las manos á Briolanja, su señora.

AMONESTACION.

Tomad enjemplo, codiciosos, aquellos que por Dios los grandes señoríos son dados en gobernacion, que no solamente no tener en la memoria de le dar gracias por vos haber puesto en alteza tan crecida, mas contra sus mandamientos perdiendo el temor á él debido, no seyendo contentos con aquellos estados que vos dió y de vuestros antecesores vos quedaron, con muertes, con fuegos é robos ajenos de los que en la ley de la verdad son, queis usurpar é tomar, é fuyendo é apartando los vuestros pensamientos de volver vuestras sañas é codicias contra los infieles, donde todo muy bien empleado seria; no queriendo gozar de aquella gran gloria que los nuestros católicos reyes en este mundo y en el otro gozan é gozarán, porque sirviendo á Dios, con muchos trabajos lo hicieron. Pues acuérdeseos que los grandes estados é riquezas no satisfacen los codiciosos é dañados apetitos, antes en muy mayor cantidad los encienden. E vosotros los menores, aquellos á quien la fortuna tanto poder é lugar dió, que seyendo puestos en sus consejos para los guiar, así como el timon á la gran nave guia é gobierna, consejadlos fielmente, amadlos, pues que en ello servis á Dios, servis á todo lo general; é aunque deste mundo no alcanceis la satisfacion de vuestros deseos, alcanzaréislo del otro, que es sin fin; é si al contrario lo faceis por seguir vuestras pasiones é vuestras codicias, al contrario os verná todo, con mucho dolor é angustia de vuestras ánimas; que con mucha razon se debe creer ser todo lo mas á cargo vuestro; porque los principales, ó con su tierna edad ó con enemiga, podria ser de sus juicios turbarse é ponerse sin ninguna recordacion de sentido en contra de las agudas puntas de las espadas, teniendo aquello por lo mejor; así que, su culpa alguna desculpa seria, en especial haciéndolo con vuestro con-

sejo. Pero vosotros, que estáis libres, que veis el yerro ante vuestros ojos, é teniendo en mas la gracia de los hombres mortales que la ira del muy alto Señor, no solamente los refrenais é procurais de quitar de aquel gran yerro, mas esperádo de ser en mayor grado tenidos mas aprovechados, olvidando lo espiritual, abrazaísos con las cosas del mundo, no se os acordando cómo muchos consejeros de los altos hombres pasaron por la cruel muerte que aquellos mismos á quien mal aconsejaron les hicieron dar; porque aunque al presente las cosas erradas, siendo conformes á los dañados deseos, mucho contentamiento dén, despues cuando es apartada aquella niebla oscura, é queda claro el verdadero conocimiento, en mayor cantidad son aborrecidas, con aquellos que las aconsejaron.

Pues tomad los unos é los otros aviso en aquel rey que la su desordenada codicia movió su corazón á tan gran traicion, matando aquel hermano, su rey é señor natural, sentado en la real silla, haciéndole la cabeza é corona dos partes; quedando él señoreando con mucha fuerza, con mucha gloria, á su parecer, aquel reino, creyendo tener la mudable fortuna debajo de sus piés. Pues ¿fruto destas tales flores sacó? Por cierto, no otro, salvo que el Señor del mundo, sofridor de muchas injurias, perdonador piadoso dellas, con el debido conocimiento é arrepentimiento, cruel vengador, no le habiendo, permitió que allí viniese aquel crudo ejecutor Amadís de Gaula, que matando á Abiseos é á sus hijos, por él fué vengada aquella tan gran traicion que á aquel noble rey fué fecha; é si sus corazones destes muy gran estrechura en la batalla pasaron en ver las sus armas rotas, las carnes muy despedazadas, á causa de lo cual la cruel muerte padescieron, no creais en ello haber pagado é purgado su culpa; ante las ánimas que con muy poco conocimiento de aquel que las crió, en sus yerros é pecados fueron parcioneras, en los crueles infiernos, en las ardientes llamas, sin ninguna reparacion perpétuamente serán dañadas.

Pues dejemos aquestas cosas perezederas, que de otros muchos con grandes trabajos fueron mal ganadas é con gran dolor dejadas, pagando lo que pecaron por las sostener; é por nosotros por el semejante dejadas serán, é procuremos aquellas que gloria sin fin prometen.

Torna la historia á contar el propósito comenzado. Vencida la batalla por Amadís é Agrájes, en que murieron Abiseos é sus dos valientes hijos, como ya oistes, habiéndolos echado fuera del campo, no quiso Amadís desarmarse, aunque llagado estaba, hasta saber si algo de entrevale que á Briolanja para cobrar el reino habia que lo estorbaba; mas luego llegó allí un gran señor é muy poderoso en el reino, que Goman habia nombre, con hasta cien hombres de su linaje é casa, que á la sazón con él se hallaron, é aquel hizo cierto á Amadís cómo aquel reino, no pudiendo mas hacer, tan largo tiempo habia sido sojuzgado de aquel que con gran traicion á su señor natural habia muerto; é que pues Dios tal remedio pusiera, que no temiese ni pensase sino que todos estaban en aquella lealtad é vasallaje que debian contra aquella su señora Briolanja. Con esto se fué Amadís é toda la compañía á los reales palacios, donde no pasaron

ocho dias que todos los del reino, con mucho gozo é alegría de sus ánimos, vinieron á dar la obediencia á la reina Briolanja. Allí fué Amadís echado en un lecho, donde nunca aquella hermosa reina, que mas que á sí misma le amaba, dél se partió, sino fuese para dormir; é Agrájes, que muy peligroso herido estaba, fué puesto en guarda de un hombre que de aquel menester mucho sabia, teniéndolo en casa por le quitar que con ninguno hablase; que la ferida era en la garganta, é así le convenia que lo hiciese. Todo lo que mas desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina, fué acrecentado, como ya se os dijo; é por eso, como supérfluo é vano, se dejará de recontar, pues que no hace al caso; antes esto no verdadero contradiria é dañaria lo que con mas razon esta grande historia adelante os contará.

CAPITULO XLIII.

De cómo don Galaor é Florestan, yendo su camino para el reino de Sobradisa, encontraron tres doncellas á la fuente de los Olmos.

Don Galaor é Florestan estuvieron en el castillo de Corisanda, como habeis oido, hasta que fueron guaridos de sus llagas; entonces acordaron de se partir por buscar á Amadís, que entendian fallarlo en el reino de Sobradisa, deseando que la batalla que allí habia él de haber no fuese dada hasta que ellos llegasen, é hobiesen parte del peligro é de la gloria, si Dios gelo otorgase. Cuando Flores an se despidió de su amiga, sus angustias é dolores fueron tan sobrados é con tantas lágrimas, que ellos habian de la gran piedad; é Florestan la conhortaba, prometiéndole que lo mas presto que ser podiese la tornaria á ver. Della despedidos, armados y en sus caballos, é sus escuderos consigo, se fueron á entrar en la barca porque á la tierra los pasasen, y en el camino de Sobradisa Florestan dijo á don Galaor: «Señor, otorgadme un don por cortesía.—¿Pesará á mí señor é buen hermano? dijo don Galaor.—No pesará, dijo él.—Pues demandad aquello que yo buenamente sin mi vergüenza pueda cumplir, que de grado lo haré.—Demádoos, dijo don Florestan, que vos no combatais en esta carrera por cosa que avenga fasta que veais que no puedo yo al hacer.—Ciertamente, dijo don Galaor, pésame de lo que demandastes.—No vos pese, dijo Florestan, que si alguna cosa yo valiere, tanto es la honra vuestra como mia. E así les avino que en los cuatro dias que por aquel camino andovieron nunca hallaron aventura que de contar sea, y el dia postrimero llegaron á una torre á tal hora que era sazón de albergar; é á la puerta del corral hallaron un caballero que de buen talante los convidó, é á ellos plugo quedar allí aquella noche; é haciéndolos desarmar é tomar sus caballos para que gelos curasen, diéronles sendos mantos que cubrieron, é andovieron por allí hablando é folgando hasta que dentro en la torre los llevaron é diéron muy bien de cenar.

Aquel caballero cuyos huéspedes eran era grande é hermoso é bien razonado; mas veíanle algunas veces tornar tan triste é con tan gran cuidado, que los hermanos miraron en ello, é hablaban entre sí qué cosa seria; é don Galaor le dijo: «Señor, parécenos que no

sois tan alegre como seria menester, é si vuestra tristeza es por cosa en que nuestra ayuda prestar pueda, decidnoslo, é harémos vuestra voluntad.—Muchas mercedes, dijo el caballero; que así entiendo que lo faréis como buenos caballeros; pero mi tristeza la causa fuerza de amor, é no vos diré agora mas, que seria mi gran vergüenza. E hablando en otras cosas, llegóse la hora del dormir; é yéndose el huésped á su albergue, quedaron ellos en una cámara asaz hermosa, donde dos lechos habia, en que aquella noche durmieron é descansaron; é á la mañana diéronles sus armas é caballos, é tornaron su camino, y el huésped con ellos, desarmado, encima de un caballo grande é ligero, por les facer compañía é por ver lo que adelante fallaban; así los fué guiando, no por el derecho camino, mas por otro qu'él sabia, donde queria ver si eran tales en armas como su presencia lo mostraba; é anduvieron tanto fasta que llegaron á una fuente que en aquella tierra habia, que llamaban la fuente de los Tres Olmos, porque hi habia tres olmos grandes é altos; pues allí llegados, vieron tres doncellas que estaban cabe la fuente. Parecieronles asaz hermosas é bien guarnidas, y encima de los olmos vieron seer un enano. Florestan se metió adelante é fué á las doncellas, é saluólas muy cortés, como aquel que era mesurado é bien criado; é la una le dijo: «Dios vos dé salud, señor caballero; si sois tan esforzado como hermoso, mucho bien os hizo Dios.—Doncella, dijo él, si tal fermosura vos parece, mejor vos paresceria la fuerza, si la menester hobierdes.—Bien decis, dijo ella; é agora quiero ver si vuestro esfuerzo bastará para me llevar de aquí.—Cierito, dijo Florestan, para eso poca bondad bastaria; é pues así lo quereis, yo os llevaré.» Entonces mandó á sus escuderos que la púsesen en un palafren que allí atado á las ramas de los olmos estaba. Cuando el Enano que suso en el olmo estaba aquello vió, dió grandes voces: «Salid, caballeros, salid; que vos llevan vuestra amiga.» E á estas voces salió de un valle un caballero bien armado encima de un gran caballo, é dijo á Florestan: «¿Qué es eso, caballero? ¿Quién vos manda poner mano en mi doncella?—No tengo yo que sea vuestra, pues que por su voluntad me demanda que de aquí la lleve.» El caballero le dijo: «Aunque ella lo otorgue, no os lo consentiré yo, que la defendí á otros caballeros mejores que vos.—No sé, dijo Florestan, cómo será; mas si no faceis al desas palabras, llevarla he.—Antes sabréis, dijo él, qué tales son los caballeros deste valle, é cómo defienden á las que aman.—Pues agora vos guardad,» dijo Florestan. Entonces dejaron correr contra sí los caballos, é hirieronse de las lanzas en los escudos, y el caballero quebrantó su lanza, é Florestan le hizo dar del brocal del escudo en el yelmo, que le hizo quebrar los lazos, é derribólo de la cabeza, é no se pudo tener en la silla; así que, cayó sobre la espada é fizola dos pedazos. Florestan pasó por él, é cogió la lanza sobre mano, é tornó al caballero, é viólo tal como muerto, é poniéndole la lanza en el rostro, dijo: «Muerto sois.—Ay señor! merced, dijo el caballero; ya védes que tal como muerto estoy.—No aprovecha eso, dijo él, si no otorgais la doncella por mia.—Otórgola, dijo el caballero, é maldita sea ella y

el día en que la yo vi, que tantas locuras me ha fecho hacer fasta que perdí mi cuerpo.» Florestan le dejó, é fuése á la doncella é dijo: «Vos sois mia. — Bien me ganastes, dijo ella, é podeis facer de mí lo que os pluguiere. — Pues ahora nos vayamos,» dijo él; mas otra doncella de las que á la fuente quedaban le dijo: «Señor caballero, buena compañía partistes, que un año há que andamos de consuno, é pésanos de así nos partir.» Florestan dijo: «Si en mi compañía quereis ir, yo vos llevaré, é así no seréis de una compañía partidas, que de otra guisa no se puede facer, porque doncella tan hermosa como esta no la dejaría yo aquí. Si es hermosa, dijo ella, ni yo no me tengo por tan fea, que cualquiera caballero por mí no deba un gran fecho acometer; mas no creo yo que seréis vos de los que lo osasen hacer. — ¡Cómo! dijo Florestan, ¿cuidais que por miedo vos dejo? Si me Dios ayude, no era sino por no pasar vuestra voluntad, é agora lo veréis.» Entonces la mandó poner en otro palafren, y el Enano dió voces como de primero, é no tardó que salió del valle otro caballero muy bien armado en un buen caballo que muy apuesto parecía, y en pos dél un escudero que traía dos lanzas, é dijo contra don Florestan: «Don caballero, ganastes una doncella, é no contento, llevais la otra; agora converná que las perdais ambas, é la cabeza con ellas; que no conviene á caballero de tal linaje como vos tener en su guarda mujer de alta guisa como la doncella es. — Mucho vos loais, dijo Florestan, pues tales dos caballeros hay en mi linaje que los querria ante en mi ayuda que no á vos solo. — Por preciar tú tanto los de tu linaje, dijo el caballero, no te tengo por eso en mas; que á tí é á ellos precio tanto como nada; mas tú ganaste una doncella de aquel que poder no tuvo para la amparar, é si te yo venciere, sea la doncella mia, y si vencido fuere, lleva con ella esa otra que yo guardó. — Contento soy dese partidó, dijo Florestan. — Pues agora os guardad, si podiérdes,» dijo el caballero. Entonces se dejaron ir á todo el correr de los caballos, y el caballero firió á Florestan en el escudo, que gelo falsó, é detúvose en el arnés, que era fuerte é bien mallado, é la lanza quebró, é Florestan falleció de su encuentro, é pasó adelante por él. El caballero tomó otra lanza al escudero que las traía, é don Florestan, que con vergüenza estaba é muy sañudo porque delante su hermano el golpe errara, dejóse á él ir, y encontróle tan fuertemente en el escudo, que gelo falsó, é el brazo en que lo traía, é pasó la lanza hasta la loriga, é pujóla tan fuerte, que lo alzó de la silla é lo puso encima de las ancas del caballo; el cual, como allí lo sintió, lanzó las piernas con tanta braveza, que dió con él en el campo, que era duro, tan gran caída, que no bullia pié ni mano. Florestan, que así lo vió, dijo á la doncella: «Mia sois, que este vuestro amigo no os defenderá, ni á sí tampoco. — Así me semeja,» dijo ella. Don Florestan miró contra la otra doncella, que sola á la fuente quedaba, é vióla muy triste, é dijole: «Doncella, si os no pesa, no os dejaría yo ende sola.» La doncella miraba contra el huésped, é dijole: «Conséjovos que de aquí vos vádes; que bien sabeis vos que estos dos caballeros no son bastantes para os defender del que agora verná; é si vos alcanza,

no hay al sino la muerte. — Todavía, dijo el huésped, quiero ver lo que averná, que este mi caballo es muy corredor é mi torre muy cerca; así que, no hay peligro ninguno. — ¡Ay! dijo ella, guardáos; que no sois mas de tres é vos desarmado, é bien sabeis para contra él tanto es como nada.» Cuando esto oyó don Florestan hobo mayor cuita de llevar la doncella por ver aquel de quien tan altamente fablaba, é fizola cabalgar en otro palafren, como á las otras, y el enano que suso estaba en el olmo dijo: «Don caballero, en mal punto sois tan osado; que agora veridá quien vengará á sí é á los otros.» Entonces dijo á grandes voces: «Acorred, Señor, que mucho tardais.» E luego salió del valle donde los otros un caballero que traía las armas partidas con oro, é venia en un caballo bayo tan grande é tan fiero, que bastara para un gigante; y el caballero era así muy grande é membrudo, que bien parecia en él haber muy gran fuerza é valentía; é venia todo armado, sin faltar ninguna cosa, y en pos dél venian dos escuderos armados de arneses é capellinas como sirvientes, é traian sendas hachas en sus manos grandes é muy tantes, de que el caballero mucho se preciaba herir, é dijo contra don Florestan: «Está quedo, caballero, é no fuyas, que no te aprovechará; que todavía conviene que mueras; pues muere como esforzado, é no como hombre cobarde, pues por cobardía no puedes escapar.» Cuando Florestan se vió amenazar de muerte é aviltar de cobarde fué tan sañudo, que maravilla era, é dijo: «Vén, cativa cosa é mala é fuera de razon sin talle, si me ayude Dios, yo te temo como á una gran bestia sin esfuerzo é corazon. — ¡Ay! dijo el caballero, cómo me pesa que no seré vengado en cosa que en tí haga, é Dios me mandase agora que estoviesen hí los cuatro de tu linaje que tú mas precias, porque les cortase las cabezas contigo. — De mí solo te guarda, dijo Florestan; que yo haré con la ayuda de Dios que ellos sean excusados.» Entonces se dejaron así correr, las lanzas bajas, é bien cubiertos de sus escudos, é cada uno había gran saña del otro; los encuentros fueron tan grandes en los escudos, que los falsaron, é asimismo los arneses fueron con la gran fuerza desmallados, y el gran caballero perdió las estribas ambas, é saliera de la silla si no se abrazara á las cervices del caballo; é don Florestan, que por él pasó, fuése á uno de los escuderos é trabóle de la hacha que tenia el otro en la mano, é tiró por ella tan recio, que á él é á la bestia derribó en el suelo, é fué al caballero, que enderezándose en la silla, había tomado la otra hacha, que el que la tenia fué presto á gela poner en las manos; é ambas las hachas fueron alzadas, é firiéronse encima de los yelmos, que eran de fino acero, y entraron por ellos mas de tres dedos; é Florestan fué así cargado del golpe, que los carrillos le hizo juntar con el pecho, é el gran caballero tan desacordado, que saliéndole la hacha de las manos, quedó metida en el yelmo de Florestan, é no tovo tal poder que la cabeza levantar pudiese de sobre el cuello del caballo; é Florestan tornó por le ferir, é como así le tovo tan bajo, dióle por entre el yelmo é la gorguera de la loriga en descubierto tal golpe, que ligeramente le derribó la cabeza á los piés del caballo.

Esto hecho, fuése á las doncellas, é la primera le dijo: «Cierto, buen caballero, tal hora fué, que no creia que tales diez como vos nos ganaran como vos solo nos ganastes, y derecho es que por vuestras nos tengais.» Entonces llegó á él su huésped, que era caballero mancebo é hermoso, como ya oistes, é dijo: «Señor, yo amo de gran amor esta doncella, y ella á mí; é había un año que aquel caballero que matastes me la ha tenido forzada sin que ver me la dejase, é agora que la puedo haber por vos, mucho vos agradece que no vos pese dello. — Ciertamente, huésped, dijo él, si así es como lo decis, en mí hallaréis buen ayudador, pero contra su voluntad no lo otorgaría á vos ni á otro. — ¡Ay Señor, dijo la doncella, á mí place, é ruégovos yo mucho que á él me deis, que le mucho amo. — En el nombre de Dios, dijo Florestan, yo vos hago libre que á vuestra voluntad hagais.» La doncella se fué con el huésped, seyendo muy alegre. Galaor mandó tomar el gran caballo bayo, que le pareció el mas hermoso que nunca viera, é dió al huésped el que él traía; despues entraron en su camino, é las doncellas con ellos; é dígovos que eran niñas é hermosas, é don Florestan tomó para sí la primera, é dijo á la otra: «Amiga, faced por ese caballero lo que á él pluguiere; que yo vos lo mando. — ¡Cómo! dijo ella, ¿á este que no vale tanto como una mujer me quereis dar, que vos vió en tal cuita é no vos ayudó? Cierto, yo creo que las armas que él trae mas son para otro que para sí, segun es el corazon que en sí encierra.» Doncella, dijo don Florestan, yo vos juro por la fe que tengo de Dios, que vos dó al mejor caballero que yo agora en el mundo sé, si no es Amadís, mi señor.» La doncella cató á Galaor, é vióle tan hermoso é tan niño, que se maravilló de aquello que dél oía, é otorgóle su amor, é la otra á don Florestan; é aquella noche fueron á albergar á casa de una dueña, hermana del huésped, donde se partieran, y ella les hizo todo el servicio que pudo de que supo lo que les aviniera. Allí folgaron aquella noche, é á la mañana tornaron á su camino, é dijeron á sus amigas: «Nos habemos de andar por muchas tierras extrañas, é hacerse vos-hi-a gran trabajo de nos seguir; decidnos dónde mas seréis contentas que vos llevemos. — Pues así vos place, dijeron ellas, cuatro jornadas de aquí, en este camino que llevais, en un castillo de una dueña, nuestra tia, é allí quedarémos.» Así continuaron su camino adelante; don Galaor preguntó á su doncella: «¿Cómo vos tenia aquel caballero? — Yo vos lo diré, dijo la doncella. Agora sabed que aquel gran caballero que en la batalla murió amaba mucho á la doncella que vuestro huésped llevó consigo; mas ella lo desamaba de todo su corazon, é amaba al que la distes mas que todas las cosas del mundo; y el caballero, como fuese el mejor destas tierras, tomóla por fuerza, sin que ninguno gelo contrallase, y ella nunca le quiso de su grado dar su amor; y como la él tanto amase, guardóse de la enojar é dijole: Mi amiga, porque con gran razon de vos pueda ser yo amado é querido como el mejor caballero del mundo, yo haré por vuestro amor esto que oiréis. Sabed que un caballero, que es nombrado en todas las partes por el mejor que nunca fué, que Amadís de Gaula es llamado,

mató á un mi cohermano en la corte del rey Lisuarte, que Dardan el soberbio había nombre, é á esto yo le buscaré é tajaré la cabeza; así que, toda su fama en mí será convertida; y en tanto que esto se face porné yo con vos dos doncellas las mas hermosas desta tierra que os aguarden, é darles he por amigos dos caballeros de los mejores de mi linaje, é sacaros hemos cada día á la fuente de los Tres Olmos, que es paso de muchos caballeros andantes; é si vos quisieren tomar, allí veréis hermosas justas é lo que yo en ellas faré; así que, por vuestro grado seré muy querido de vos, así como vos yo amo. Esto dicho, tomó á nosotras, é diónos aquellos dos caballeros que vencidos fueron; é hanos tenido en aquella fuente un año, adonde han fecho muchas é grandes caballerías, fasta agora, que don Florestan partió el pleito. — Ciertamente, amiga, dijo don Galaor, su pensamiento de aquel caballero era asaz grande, si adelante, como lo dijo, lo podiera llevar; pero antes creo que pasara por gran peligro si él se encontrara con aquel Amadís que él buscar quería. — Así me parece á mí, dijo ella, segun la mejoría conosceis que sobre vosotros tiene. — ¿Cómo había nombre aquel caballero? dijo Galaor. — Alumas, dijo ella, y creed que si su gran soberbia no lo estragara, que de muy alto fecho de armas era.» En esto y en otras cosas hablando, anduvieron tanto, que llegaron al castillo de la tia, donde muy servidos fueron, sabiendo la dueña cómo don Florestan matara á Alumas é á sus compañeros venciera, que á tan sin causa é razon aquellas sus sobrinas con mucha deshonra por fuerza tenian.

Pues dejándolas allí, cabalgaron otro día, é anduvieron tanto, que á los cuatro días fueron en una villa del reino de Sobradisa, é allí sopieron cómo Amadís é Agrájes mataran en la batalla á Abiseos é sus hijos, é habían fecho reina a Briolanja sin entorevalo alguno; de que hobieron muy gran gozo é placer é dieron muchas gracias á Dios; é partiendo de allí, llegaron á la ciudad de Sobradisa é fuéronse derechamente á los palacios, sin que persona los conociese, é descabalgando de sus caballos, entraron donde Amadís é Agrájes, que ya sanos de sus feridas eran, y estaban con la nueva é hermosa reina. Cuando Amadís así los vió, que ya por la doncella que á don Galaor había guiado la conocia, é vió á don Florestan tan grande é tan hermoso, y que de su alta bondad ya tenia noticia, fué contra él, cayéndole de los ojos lágrimas de alegría, é don Florestan fincó ante él los hinojos por le besar las manos; mas Amadís lo levantó, abrazándole é besándole, é preguntándole muy por extenso de las cosas que acaecido le habían; é despues fabló á don Galaor, y ellos á su cohermano Agrájes, que le mucho amaban.

Cuando la hermosa reina Briolanja vió en su casa tales cuatro caballeros, habiendo tanto tiempo estado desheredada, é con tanto miedo encerrada en un solo castillo, donde casi por piedad la tenian, é que agora cobrada en su honra en su reino, con tan gran vuelta de la rueda de la fortuna, y que no solamente para la defender tenía aparejo, mas aun para conquistar los ajenos, fincó los hinojos en tierra despues de haber con mucho amor aquellos dos hermanos rescebido, dando grandes gracias al muy poderoso Señor, que en

tal forma é con tan grande piedad della se acordara, é dijo á los caballeros: «Creed cierto, señores, estas tales vueltas é mudanzas é maravillas son del muy alto Señor, que á nos cuando las vemos muy grandes parecen; é ante el su gran poder en tanto como nada con razon deben ser tenidas.—Pues veamos agora estos grandes señoríos, estas riquezas que tantas congojas, cuitas, dolores é angustias nos atraen por las ganar, é ganadas, por las sostener, seria mejor, como supérfluas é crueles atormentadoras de los cuerpos, é

mas de las ánimas, dejar é aborrecerlas, viendo no ser ciertas ni durables. Por cierto digo que no, antes afirmo que seyendo con buena verdad, con buena conciencia ganadas é adquiridas, é haciendo templadamente dellas satisfacion á aquel Señor que las da, reteniendo en nos tanta parte, no para que la voluntad, mas para que la razon satisfecha sea, podamos en este mundo alcanzar descanso, placer é alegría, y en el otro perpétuo, perpétuamente en la gloria gozar del fruto dellas.

ACÁBASE EL PRIMERO LIBRO DEL NOBLE É VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS.

INTRODUCCION DEL LIBRO SEGUNDO DE AMADÍS DE GAULA.

É PORQUE LAS GRANDES COSAS QUE EN EL LIBRO CUARTO DE AMADÍS SE DIRÁN, FUERON DESDE LA ÍNSOLA FIRME, ASÍ COMO POR ÉL PARECE, CONVIENE QUE EN ESTE SEGUNDO SE HAGA RELACION QUÉ COSA ESTA ÍNSOLA FUÉ, É QUIÉN AQUELLOS ENCANTAMENTOS QUE EN ELLA HOBÓ É GRANDES RIQUEZAS DEJÓ; PORQUE SIENDO ESTE EL COMIENZO DEL DICHO LIBRO, EN EL LUGAR QUE CONVIENE VAYA RELATADO.

En Grecia fué un rey casado con una hermana del emperador de Constantinopla, en la cual hobo dos hijos muy hermosos, especialmente el mayor, que Apolidon hobo nombre; que así de fortaleza del cuerpo como de esfuerzo de corazon en su tiempo ninguno igual le fué. Pues este dándose á las sciencias de todas artes, con el su sutil ingenio, que muy pocas veces con la gran valentía se concuerda, tanto dellas alcanzó, que así como la clara luna entre las estrellas, mas que todos los de su tiempo resplandecia; especial en aquellas de nigromancia, aunque por ellas las cosas imposibles parece que se obran. Pues este rey, su padre destes dos infantes, seyendo muy rico de dinero é pobre de la vida, segun su gran vejez, veyéndose en el extremo de la muerte, mandando que al su hijo Apolidon, por ser mayor, el reino le quedase, al otro los sus grandes tesoros é libros, que muchos eran é mucho valian, dejaba; mas él, desto no contento, con muchas lágrimas á su padre decia que con aquello quasi desheredado era.

El padre, torciendo sus manos, no pudiendo mas hacer, en gran angustia su corazon estaba; mas aquel famoso Apolidon, que así para las grandes afrentas como para los autos de virtud su corazon dino era, veyendo la cuita del padre é la poquedad del hermano, dijo que porque su alma consolada fuese, que tomando él los tesoros é sus libros, á su hermano dejaría el reino; de lo cual el Rey su padre muy consolado, con muchas lágrimas de piedad su bendicion le dió. Pues tomando Apolidon los grandes tesoros é los libros, aparejar hizo ciertas naves, así de buenos caballeros escogidos como de bastimentos é armas; y en ellas metido, por la mar se fué, no á otra parte sino donde la ventura lo guiaba; la cual veyendo cómo este infante en su arbitrio se ponía, quiso que aquella grande obediencia de su viejo padre, dada con mucha gloria é

mucha grandeza, pagada le fuese, trayendo viento tan próspero, que sin entrevale la su flota en el imperio de Roma arribó, donde á la sazón emperador era el Siudan llamado, del cual fué muy bien recebido; é allí estando algun espacio de tiempo, juntas las sus grandes cosas en armas que ante por otras tierras habia fecho, de las cuales en gran estima era su gran loor ensalzado, con las presentes que allí fizo, fué causa que con demasiado amor de una hermana del emperador, Grimanesa llamada, amado fué, que por todo el mundo su gran fama y hermosura en aquel tiempo entre todas las mujeres florecia. De que se siguió que así él amándola como amada era, no teniendo el uno y otro esperanza de ser sus amores en efecto venidos por ninguna guisa, á consentimiento de los dos salida Grimanesa de los palacios del Emperador su hermano, y puesta en la flota de su amigo Apolidon, por la mar navegando, á la ínsola Firme aportaron, que de un gigante bravo señoreada era. Don Apolidon, sin saber qué tierra fuese, mandó sacar una tienda é un rico estrado, en que su señora holgase, que muy enojada de la mar andaba. Mas luego á la hora el bravo Gigante armado, á ellos viniendo, en gran sobresalto los puso; con el cual, segun de la costumbre de la ínsola, por salvar á su señora é á sí é su compañía Apolidon se combatió; y venciéndole con su sobrada bondad é valentía, quedando muerto en el campo, fué Apolidon libre señor de la mesma ínsola; que despues de haber visto la su gran fortaleza, no solamente al emperador de Roma, á quien enojado tenia por le haber así traído á su hermana, mas á todo el mundo, no temia; en la cual, por ser el Gigante tan malo é soberbio, muy desamado de todos era, é Apolidon, despues de ser conocido, muy amado fué. Ganada la ínsola Firme por Apolidon, como habeis oido, en ella con su amiga Grimanesa moró diez y seis años con tanto placer, que sus ánimos satisfechos

fueron de aquellos deseos mortales que el uno por el otro pasado habian. En aquel tiempo fueron fechos muy ricos edificios, así con sus grandes riquezas como con su sobrado saber, que á cualquiera emperador ó rey, por rico que fuese, fueran muy graves de acabar.

En cabo destes años, muriendo el emperador de Grecia sin heredero, conociendo los griegos las bondades deste Apolidon y ser de aquella sangre é linaje de los emperadores, é por parte de su madre asimesmo, de todos en una concordia é voluntad elegido fué; enviando á él allí donde en la ínsola estaba sus mensajeros, por los cuales le facian saber quererlo por su emperador. Apolidon veyendo ofrecérsele un tan gran imperio, como quiera que en aquella ínsola todos los deleites que fallar se podrian alcanzase, é conociendo que de los grandes señoríos antes fatigas et trabajos que deleites é placer se alcanzan, é si algunos hay, son mezclados con amargos jaropes, siguiendo lo natural de los hombres mortales, cuyo deseo nunca es contento ni harto, acordó con su amiga que, dejando aquellos donde estaban, tomasen el imperio que se les ofrecia; mas ella, habiendo gran mancilla que una cosa tan señalada como lo era aquella ínsola, donde tales y tan grandes cosas quedaban, poseida por aquel su grande amigo, el mejor caballero en armas que en el mundo se hallaba, é por ella, que por el semejante sobre todas las de su tiempo su gran hermosura loada era; é junto con esto ser amados de sí mesmos en la mesma perfeccion que del amor alcanzar se puede, rogó á Apolidon que antes de su partida dejase allí por su gran saber cómo en los venideros tiempos aquel lugar señoreado no fuese sino por persona que, así en fortaleza de armas como en lealtad de amores y de sobrada hermosura, á ellos entrambos pareciese. Apolidon le dijo: «Mi señora, pues que así os place, yo lo haré de guisa que de aquí ningún señor ni señora ser pueda, sino aquellos que mas señalados en lo que habeis dicho sean. Entonces hizo un arco á la entrada de una huerta en que árboles de todas naturas habia, é otrosí habia en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno á él la podia entrar sino por debajo del arco; encima del puso una imagen de hombre de cobre, y tenia una trompa en la boca como que queria tañer; é dentro en el un palacio de aquellos puso dos figuras á semejanza suya y de su amiga, tales que vivas parecian, las caras propriamente como las suyas y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspero muy clara; é fizo poner un padron de fierro de cinco codos en alto á un medio trecho de ballesta en un campo grande que ende era, é dijo: «De aquí adelante no pasará ningún hombre ni mujer si hobieren errado á aquellos que primero comenzaron á amar, porque la imagen que védes tañerá aquella trompa con son tan espantoso á fumo é llamas de fuego, que los fará ser tollidos, é así como muertos serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero ó dueña ó doncella aquí vinieren que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, como ya dije, entrarán sin ninguno entrevale, é la imagen hará tan dulce són, que muy sabroso sea de oír á los que lo oyeren; y estos verán las nuestras imágenes, é sus nombres escritos en el jaspero, que no sepan quién los escribe.» E to-

mándola por la mano á su amiga, la fizo entrar debajo del arco, é la imagen fizo el dulce són, é mostróle las imágenes é sus nombres dellos en el jaspero escritos. E saliéndose fuera, hobo Grimanesa gana de lo facer probar, é mandó entrar algunas dueñas é doncellas suyas, mas la imagen fizo el espantoso són con gran fumo é llamas de fuego; luego fueron tollidas sin sentido alguno é lanzadas fuera del arco, é los caballeros por el semejante; de que Grimanesa, seyendo cierta sin peligro ser, con mucho placer, dellos se reia, gradeciendo mucho á su amado amigo Apolidon aquello que tanto en satisfacion de su voluntad habia hecho, é luego le dijo: «Mi señor, pues ¿qué será de aquella rica cámara en que tanto placer y deleite hobimos?—Agora, dijo él, vamos allá, é veréis lo que hí faré.» Entonces se fueron donde la cámara era, é Apolidon mandó traer dos padrones, uno de piedra é otro de cobre, y el de piedra hizo poner á cinco pasos de la puerta de la cámara, y el de cobre otros cinco mas desviado; é dijo á su amiga: «Agora sabed que en esta cámara no puede hombre ni mujer entrar en ninguna manera ni tiempo fasta que aquí venga tal caballero que de bondad de armas me pase, ni mujer si á vos de hermosura no pasare; pero si tales vinieren que á mí de armas é á vos de hermosura venzan, sin estorbo alguno entrarán.» E puso unas letras en el padron de cobre que decian: «De aquí pasarán los caballeros en que gran bondad de armas hobiere, cada uno segun su valor; así pasarán adelante.» E puso otras letras en el padron de piedra que decian: «De aquí no pasará sino el caballero que de bondad de armas á Apolidon pasará.» Y encima de la puerta de la cámara puso unas letras que decian: «Aquel que me pasare de bondad entrará en la rica cámara y será señor desta ínsola; é así llegarán las dueñas é doncellas; así que, ninguna entrará dentro si á vos de hermosura no pasare.» E hizo con su sabiduría tal encantamento, que con doce pasos al derredor ninguno á la cámara llegar podia, ni tenia otra entrada sino por la via de los padrones que habeis oido, é mandó que en aquella ínsola hobiese un gobernador que la rigiese é cogiese las rentas della, y fuesen guardadas para aquel caballero que ventura hobiese de entrar en la cámara é fuese señor de la ínsola; é mandó que los que falleciesen en lo del arco de los amadores que sin les hacer honra los echasen fuera, é á los que lo acabasen los sirviesen; é dijo mas, que los caballeros que la cámara probasen é no podiesen entrar al padron de cobre, que dejasen allí las armas, é los que algo del padron pasasen, que no les tomasen sino las espadas, é los que al padron de mármol llegasen que no les tomasen sino los escudos; é si tales viniesen que deste padron pasasen é no podiesen entrar, que les tomasen las espuelas; é á las doncellas é dueñas que no les tomasen cosa, salvo que diciendo sus nombres los pusiesen en la puerta del castillo, señalando á do cada una habia llegado, é dijo: «Cuando esta isla hobiere señor se desfará el encantamento para los caballeros, que libremente podrán pasar por los padrones y entrar en la cámara; pero no lo será para las mujeres fasta que venga aquella que por su gran hermosura la aventura acabará, é albergare den-